

DE LA NOTICIA  
AL EPISODIO NACIONAL:  
*LA VUELTA AL MUNDO*  
*EN LA "NUMANCIA"*

M.<sup>ª</sup> del Pilar Palomo

El 28 de julio de 1902, Pérez Galdós declara en una entrevista que tiene un vago proyecto de realizar un drama "inspirándose en las tradiciones peruanas, allá por los primeros tiempos de nuestra dominación en América. Será una obra de "buena fe", si vale la palabra, sin tesis, ni símbolos, ni quebraderos de cabeza, un estudio del contraste entre los fulgores de la civilización y el ambiente de salvajismo y de barbarie."<sup>1</sup>

Poco antes, el entrevistador consigna: "Sobre la mesa del amplio gabinete de trabajo, reparé en una colección del viejo *Heraldo*, el del Conde de San Luis, y entre las hojas del famoso periódico de los moderados, cuartillas con anotaciones. Son documentos para *Narváez*, el episodio que prepara actualmente el insigne novelista."

Obviamente, Galdós no escribió el drama proyectado. Pero esa alusión a las "tradiciones peruanas" nos encamina hacia otra obra inmediata, *La vuelta al mundo en la Numancia*, cuya relación con el conocido libro de Ricardo Palma ha sido suficientemente establecida por Carlos García Barrón.<sup>2</sup> Pero me apresuro a destacar el segundo dato significativo: esa vieja colección del *Heraldo* sobre la mesa de trabajo del novelista en plena gestación de la cuarta serie de los Episodios. No es nada nuevo, por supuesto. Es de sobra conocida la información de prensa que subyace en todas las series, tal vez porque el periodista Galdós sintió siempre la *noticia*, comunicada coetáneamente a los hechos sobre los que informa como parte de esa *historia viva* que intentó —y logró— que fuese la savia auténticamente regeneradora de sus reconstrucciones históricas. Pero no es menos obvio que, a partir de la cuarta serie, el propio Galdós forma parte de esa *historia viva*, que en las colecciones de los viejos periódicos de los años 60 y 70 está su firma y que el joven periodista está *viviendo* esa historia que novelará cuarenta años después. En definitiva, creo que se imponía la búsqueda de esa *noticia vivida* para explicarnos el porqué y el cómo fue transformada años más tarde en materia narrativa. Había que ir a las no menos viejas páginas de *La Nación* para ver *cómo* y *bajo qué* perspectiva el periódico en el que Galdós colaboraba informaba a sus lectores acerca de los sucesos de la guerra en el Pacífico, tema central del episodio galdosiano de 1906. Porque en la línea de opinión de ese autodefinido *diario progresista* tal vez se encontrase, no la estructura

novelesca que vendría después, desde las crónicas de testigos presenciales<sup>3</sup>, pero sí el mensaje y el símbolo de la *Numancia*. Esos símbolos del relato de ficción señalados recientemente por Palmira Arnáiz<sup>4</sup>.

Se imponía igualmente una incursión en alguna publicación de signo contrario, para poder establecer si la visión de los hechos ante unas mismas fuentes de información se comunicaba bajo idéntica perspectiva. Esa información, repito, era la misma: la *Gaceta*, es decir, la puramente oficial, pero fidedigna en cuanto que muchos de esos, a veces, largos comunicados, van firmados, por ejemplo, por el propio Méndez Núñez; las breves noticias recibidas telegráficamente y comunicadas por las nacientes agencias de prensa —encontramos en *El Museo Universal*, por ejemplo, la firma de Nilo Fabra—; los artículos y noticias recogidos ampliamente de la prensa extranjera y, como nota de enorme interés para mi propósito, las cartas, generalmente publicadas sin firma, enviadas a sus familiares o a los periódicos por los propios oficiales y marinos de la armada en el Pacífico —en su doble función de actores y testigos— y que reproduce, en forma de artículo, la prensa nacional.

La tentación de elegir para esta confrontación *El Museo Universal* era demasiado fuerte, por dos razones. La primera, porque las páginas de un semanario ilustrado me permitían tener acceso a una riquísima información gráfica. Y segundo, porque el comentario semanal de los sucesos llevaba una firma ilustre: Gustavo Adolfo Bécquer, en su faceta de comentarista político, tan poco conocida<sup>5</sup>. Máxime si tenemos en cuenta que, en los meses que me proponía analizar, Bécquer es director de la publicación, por lo que la línea de opinión de ésta, manifestada en la perspectiva del enfoque dado a los sucesos, tenía que derivar, en buena parte, de su propia perspectiva. Incluso hemos de suponer que los breves textos anónimos que acompañan a los grabados son, presumiblemente, del propio Bécquer, que *respondía*, como director, de todas las colaboraciones anónimas. Parte integrante de una labor puramente profesional que, por otra parte, no añadiría ninguna gloria literaria al autor de las *Leyendas* pero que, de aceptar la autoría, constituiría un dato más para perfilar la realidad humana de Bécquer, ese gran periodista, en la casi única faceta de su labor que conocieron sus lectores coetáneos, hasta la edición póstuma de 1871, con la que *nació* el poeta.

Analicé ambas colecciones desde enero a junio de 1866, en el rastreo de toda noticia o grabado relacionado con los sucesos del Pacífico, estableciendo a partir de la cronología del hecho histórico su correspondiente información en ambas publicaciones. Y partiendo, claro está, de dos supuestos. El primero de una certeza absoluta: las noticias publicadas en *La Nación* han sido leídas por el joven Galdós, ya que sus artículos firmados aparecen en el mismo número y hasta, en ocasiones, en la misma página<sup>6</sup>. El segundo, no pasa del nivel hipotético, pero sólo porque no tengo prueba documental que lo confirme. Pero pensar que un joven profesional del periodismo madrileño de 1866 ignorase la información gráfica que suministraba *El Museo* me parece inadmisibile. Y más si tenemos en cuenta que hay datos suficientes para suponer una relación amistosa entre Galdós y Bécquer, como ya apunté en otro trabajo<sup>7</sup>.

Naturalmente, en las presentes líneas sólo he utilizado las noticias más significativas, pero las casi cien papeletas que recogí —y la recogida es también selectiva— son la plataforma informativa del breve muestreo que presento. Y sobre ambos grupos —lo que presento y lo

que omito— he establecido las conclusiones de este trabajo que, por sus dimensiones, sólo puede ser eso: la presentación de unas conclusiones, que me apresuro a sintetizar.

Los dos bloques informativos analizados coinciden sin reservas en un punto: la exaltación de la Marina española, el elogio sin reservas de Méndez Núñez y el carácter epopéyico de la gesta que, en las dos publicaciones, se conecta con el gran y aún próximo recuerdo de Trafalgar. Volveré sobre este punto. Valor, heroísmo, sacrificio, pericia, etc., son palabras que van connotando hasta las más objetivas informaciones. Es idéntica, también, su actitud de rechazo al valorar la posición aparentemente neutral, pero beligerante en la sombra, de los dirigentes políticos de los países anglosajones, que están ayudando con armas, dinero y hombres a Chile y al Perú, por motivaciones puramente mercantilistas. Esta línea de opinión es común en ambas publicaciones, pero en *El Museo* se colorea de triunfalismo y, en ocasiones, de tonos ciertamente retóricos, si no en la colaboración becqueriana, sí en otros textos aparecidos en ese semanario que él dirige. Por contraste, en *La Nación* —sin colaboraciones estrictamente literarias, por su índole de diario político— se marca una línea abiertamente antigubernamental, de carácter crítico, que deriva hacia una distinción muy clara: el valor, el sacrificio y el triunfo de esos españoles que combaten en el Pacífico y la ceguera, inutilidad y egoísmo de unos políticos que los han conducido a una situación límite. Tan límite que la única salida *honrosa* —y en ello están todos conformes— era la guerra. Pero ésta es absurda y podía haber sido evitada. No creo necesario destacar que en esta doble actitud de *su* periódico están las claves aparentemente desmitificadoras del futuro relato galdosiano. (Una confrontación textual de algunas editoriales anónimas de *La Nación* y algunas páginas de la *Numancia* es reveladora y, naturalmente, será objeto de estudio en una versión ampliada de esta comunicación).

Así pues, anotemos, de una parte, el componente épico, común a dos publicaciones de carácter antigubernamental, pero de signo contrario. *La Nación*, periódico político de marcada oposición a O'Donnell y a la Unión Liberal, de línea progresista. *El Museo*, dirigido por Bécquer, estaría, como él, en la línea de los moderados y conservadores, antiunionistas también. Pero *El Museo* no es un periódico político y la legislación vigente en materia de censura de prensa le impide, por ello, todo comentario sobre política interior. A Bécquer sólo le cabe la alusión velada, casi *silenciada* —ya he apuntado el tema en un trabajo anterior ya citado— y por tanto sólo le resta la actitud de apoyo incondicional a los *héroes del Pacífico*, en esa doble perspectiva a que me vengo refiriendo.

Ya en 29 de enero de 1865, *El Museo* reproduce un grabado de la *Numancia*, fondeada en Cartagena, puerto al que llegó desde los astilleros de Tolon el 20 de diciembre anterior. El texto que acompaña al grabado indica que el buque está "destinado al Perú", pero añade: "Dios haga, que satisfecho el honor español, sea innecesario el empleo de la *Numancia*, y se abracen como hermanos los que hoy se miran como enemigos". Comienza con ello la serie ininterrumpida de textos y grabados, cuya relación, no exhaustiva repito, añadido al presente texto en documento adjunto, del que deseo destacar varios puntos: si bien en el número de 2 de abril se ha informado gráfica y textualmente del motín antiespañol en el Callao y el asesinato, lapidado, del cabo Esteban Fradera, la *Revista de la Semana* de 26 de noviembre —aún firmada por León Galindo y de Vera— en que se da noticia del *ultimatum* de Pareja, del bloque de los puertos chilenos y del comienzo real de las hostilidades, rezuma todavía

prudencia y contención, al tiempo que comienzan las acusaciones lanzadas contra las potencias extranjeras (*Revista*, 3-XII-65). Únicamente encontraríamos en esta etapa informativa —anterior al nombramiento de Bécquer como director— una nota que calificaría de amenazadora, cuando se alude (*Revista*, 24-XII-65) al “plan preconcebido por los enemigos de España de, unidas las flotas chilena y peruana, apoderarse de la *Numancia*”. Y se añade: “Que prueben, que de los escarmentados salen los avisados”. Inmediatamente, ya con la declaración de guerra como algo inminente, el tema del Pacífico se eleva a primer plano desde enero del 66. Y reitero el hecho de que en ese acrecentamiento informativo y en el nuevo tono que éste adquiere la motivación puede no derivar exclusivamente de las nuevas circunstancias del conflicto. Quiero decir que puede no ser un puro elemento casual el hecho de que, desde el primer número de 1866, Bécquer se ha hecho cargo de la dirección del semanario. El mismo Bécquer que *soñó* en su adolescencia el inalcanzable *sueño de oro* de la gloria militar, según había confesado en la melancolía de su *Carta* tercera, desde la soledad de Veruela y reiteraría ante el toledano sepulcro de Garcilaso. Así, en ese primer número ya aparece el grabado del bloqueo de Valparaíso y comienzan sus comentarios en las *Revistas*. Del conjunto de estas últimas destaco dos puntos significativos: los recuerdos becquerianos de Lepanto y Trafalgar (21-I-66 y 28-I-66), y las continuas alusiones al clima de inquietud nacional ante la marcha de la guerra. La opinión pública pide más resolución en la solución del conflicto, pero aunque se puedan tener dudas acerca de lo satisfactorio de ésta, lo que no admite dudas es el triunfo de las armas españolas. En consecuencia, la *Revista* del 11 de marzo, es una página de exaltación de la Marina española, que “añadirá una nueva y gloriosa página” a su brillante y glorioso historial. Coincide esta exaltación becqueriana con la declaración de guerra del Perú, el levantamiento del bloqueo y la primera incursión en Chiloe. Y ya esa exaltación se colorea de retórico patriotismo en una parte de la revista, que publica un vibrante —y espantoso— poema firmado por Aureliano Ruiz, titulado *España en América*, donde todos los tópicos se dan cita: Cortés, Pizarro, la Historia escrita en bronce, la “madre España”, las “hijas americanas”, donde la república peruana —que ha roto el tratado de paz firmado poco antes— será calificada de “joven renegada”, su lucha con España de “parricida”, o los peruanos son los “nuevos Caines de la raza ibera”, etc, etc. Y se les amenaza con ese “enemigo yankee”, que ahora les parece tan amistoso.

En el número siguiente, el grabado que representa el incendio de los buques chilenos, se acompaña de un texto esmaltado de calificaciones de gran carga emotiva: “*bizarro* jefe de las fuerzas navales españolas”, “*valientes* marinos”, “*alevoso* apresamiento de la Covadonga”... Pero es interesante a partir de un “croquis remitido”. Es decir, que la información gráfica de los sucesos del Pacífico comienza a ser directa, como los planos de los combates de los números siguientes. Y lo destaco porque —según noticia recogida del artículo de Barrón— el manuscrito galdosiano se complementa con croquis y planos de los combates. Asimismo, dentro de esa información directa aparece también la larga relación del combate en Chiloe enviada “por uno de los valientes marinos de los buques que tomaron parte en el combate”. La línea informativa no varía en los números siguientes y Bécquer destaca, en ocasiones, unos valores simbólicos. Así el triunfo en Abtao —Chiloe— se ha recibido en Madrid el 2 de mayo y leemos: “¿Por ventura esta fecha no es por sí sola un himno? ¿A qué añadirle una sola palabra?” (6-V-66). Y ante el bombardeo de Valparaíso

hasta el tiempo primaveral se cubre de luz y a un "día "nublado y oscuro" sucede "otro espléndido y sereno, con un sol de oro en el cielo azul y un rayo de esperanza en el fondo del alma".

Y por fin, la batalla del Callao, a la que se dedican los números de 17 de junio y 8 de julio. En el primero, un largo artículo de Bécquer henchido de entusiasmo, donde nos habla de la *unanidad* de la alegría popular, los discursos y homenajes y donde se exalta la categoría humana de los combatientes: no bastan "barcos" si no van acompañados de "valor" y de "pericia", como si la célebre frase de Méndez Núñez —los *barcos sin honra*, que desprecia— aletease sobre el texto. Después, el homenaje del 8 de julio con un grabado a doble página, un poema de Fernando Fulgosio —*El Canto del Marino. La bandera española en el Pacífico*— y otro poema dedicado *Al jefe de la flota en el Pacífico*, firmado con un seudónimo que entiendo que es todo un símbolo: *Un Guardia Marina de Trafalgar*. Pensemos que hacia 1866, un joven oficial de la gloriosa gesta tendría más o menos la edad que el fingido Gabriel Araceli, que se dispone a narrar el combate desde sus recuerdos y su ancianidad.

El grabado se acompaña de un breve texto que, por su similitud con el estilo de las *Revistas* becquerianas —incluida la oblicua alusión a la coetánea sublevación de los sargentos del Cuartel de San Gil— entiendo como texto del propio Bécquer. Muy poco después, con la caída de O'Donnell, el escritor recupera su cargo de censor de novelas y finaliza la dirección del periódico. Pero tampoco, realmente, a partir de este momento, con el abandono de la flota de las aguas del Pacífico, era esperable encontrar en *El Museo* una atención preferente. Vuelve a ser más *noticiable* la política europea.

*La nación* es mucho más escasa en información comentada. Se trata, además, de un diario, no un semanario. Quiero decir que *El Museo* tiene que *comentar*, porque opera con una información ya recibida por los lectores durante la semana. Pero el diario progresista sí se carga de *datos* informativos: partes oficiales, noticias de prensa extranjera y nacional, cartas, etc... Predominan los *Partes telegráficos* y los sueltos de prensa, sin apenas comentarios. Pero en esta masa informativa resuena casi el mismo tono: "nuestra España", su "honor", la "traidora fragata *Esmeralda*" —que había apresado a la *Covadonga* enarbolando una falsa bandera inglesa—, se alude a la "capciosa" maniobra de los "negociantes de la *City*" (9 de febrero) y a la política de "mostrador y almacén del *Foreign Office*" (11 de febrero), mientras se califica a la flota española como "la más fuerte escuadra guerrera que ha cortado las aguas del Pacífico" (1 de marzo)... Se inserta el 8 de abril el parte oficial de Méndez Núñez sobre el combate de Abtao —junto a un artículo de Galdós, como ya indiqué—, en primera página y con una entradilla en la que se califica a los marinos de "sucesores de los héroes de Trafalgar". Se transcribe el 29 de mayo el también oficial comunicado de Méndez Núñez enviado al Ministro español en Washington, dando cuenta en detallado y magnífico relato en primera persona del bombardeo de Valparaíso, o su manifiesto al cuerpo diplomático acreditado en Lima, antes de la batalla del Callao, fechado en la fragata *Numancia* —como todos, después de la elección del navío como buque insignia— el 27 de abril, donde realiza un conciso y enérgico repaso de los sucesos anteriores, y que publica *La Nación* el 6 de junio. Y recalco el hecho de que la reiterada y obligada mención del nombre de la fragata como trasfondo de toda noticia oficial, tenía que ir conduciendo inevitablemente hacia el símbolo o, casi, el mito, incluso antes de su celebrado viaje alrededor del mundo.

Pero junto a esta puntual información, que no regatea elogios a la Armada, el periódico va publicando sueltos de fuerte crítica política. Desde el comentario irónico —“¿Qué hace nuestra escuadra del Pacífico? ¿Qué hace don Juan Zavala, ministro de Marina y general de caballería?”— a la acusación de manipulación de las noticias *filtradas* por el Gobierno (22 de abril), o la acusación indignada de que las familias de los soldados no están cobrando las letras que éstos envían desde Ultramar (29 de abril). Y en medio de estas notas significativas varias editoriales reveladoras.

Primero, la dedicada al bombardeo de Valparaíso publicada el 15 de mayo, que puede sintetizarse en varios puntos: la situación había llegado a un límite que lo hizo necesario ya que “en 1.200 leguas de costa” no había “un solo puerto donde abrigarse pueda un buque de España. Al bloqueo de los puertos sucedió un bloqueo de la escuadra”; pero es igualmente lamentable haber llegado a tal situación, que ha provocado “un suceso tan triste”; esta tristeza y pena se acrecienta porque el hecho “sobre causar infinitas desgracias, ahonda el abismo abierto entre la madre patria y sus antiguas colonias”. (Recordemos las palabras de Galdós en su relato: “¿Consecuencias, dices? Ninguna, como no sea ésta: que se retrasará un cuarto de siglo, lo menos, la reconciliación de España con las que fueron sus colonias” (Cap. XXV).

Segundo, el largo artículo, editorial también, en primera página (25 de mayo), comentando la sesión del Congreso, en la que Bermúdez de Castro, ministro de Estado, ha leído la justificación del bombardeo, que el Gobierno va a enviar a las Legaciones extranjeras. Pero el comentarista arremete contra ese Gobierno que, fríamente, en medio de un inexplicable silencio, ha callado toda alusión al heroísmo y al sacrificio de unos soldados a quienes ni ha mencionado. En la Cámara de los Comunes inglesa —aduce— se ha vitoreado, con los asistentes en pie, al “almirante” Méndez Núñez —“que tal le llaman”— y en el Congreso español de los Diputados sólo ha habido indiferencia. Ni una palabra “de consuelo”, para “aquellos nobles hijos de la patria”. Se recuerdan en el artículo las frases y actitudes honrosas de Méndez Núñez, que han conmovido y entusiasmado a las naciones neutrales, y a las que en esa sesión ni se ha aludido. Comienzan, en definitiva, a forjarse esos párrafos galdosianos futuros en que el autor recuerda emocionado a “aquellos infelices, quebrantados ya de la navegación larguísima, mal comidos y sufriendo mil privaciones” que “prorrumpieron en exclamaciones delirantes” antes de entrar en batalla, “declarando el gusto que les causaba morir por una reina que no habían visto nunca, y por una patria que a tres mil leguas de distancia no pedía otra cosa que la terminación de una guerra insensata”. (Cap. XXIV).

Pero esta última frase galdosiana conecta directamente con la tercera editorial que quiero destacar, publicada el 19 de junio, como colofón de la contienda y como final de un periodo informativo que ha durado seis meses. El periódico ha omitido todo juicio desde que el 6 de junio se comunica el bombardeo del Callao, tras lo que se sucede una serie de cortas noticias puramente informativas. Pero, al fin, tras recibir todos los partes oficiales, *La Nación* publica su síntesis desoladora, en una larga editorial en primera página, cuyo título parece resumir la futura novela galdosiana: *Otra gran victoria inútil*.

Esa *otra* alude, sin duda, a la victoria de Tetuán, de seis años atrás. Pero el artículo va más allá. Porque, sin duda alguna, la actuación de los marinos españoles ha sido algo grandioso, como si España hubiese vivido su última epopeya. Pero no se sabe por qué ni para

qué. Todo el mérito recae sobre un general extraordinario y un puñado de soldados heroicos. Pero España no ha obtenido con su sacrificio ninguna ventaja ni política ni económica. Y el ignominioso carpetazo del Gobierno, dando por zanjado el asunto, ha sido un insulto para los protagonistas de la gesta. El pueblo español, en definitiva, como es tradición en su Historia, ha sido traicionado por sus políticos. Y el artículo termina como comenzó: “¡Otra victoria tan grande como esteril!”

Creo, ante lo expuesto, que la génesis de *La vuelta al mundo en la Numancia* está en la *historia vivida* de un Galdós juvenil —en el que actúa como sustrato de un contenido—, y que se sustenta, como discurso, en la *noticia* de aquella historia. Es más, pienso que la línea de exaltación épica de la prensa de 1866 —común como hemos visto a cualquier perspectiva ideológica— ha hecho *revivir* en el joven Galdós la gesta de Trafalgar, cuyo recuerdo *superpuesto* es tema recurrente, como también hemos visto. Pienso, alargando la hipótesis, que de esa superposición puede surgir la muy próxima redacción del primero de los Episodios, donde, en Gabriel Araceli —que recibiría la noticia del Callao como el real Guardia Marina que la comenta— levanta el juvenil Galdós el signo de una España posible abierta a la regeneración. Pero en 1906, el ejemplo heroico y trágico a la vez del Callao, se ha cubierto de connotaciones utópicas, porque si Trafalgar, en 1866, se superpuso sobre el Callao, el Callao, en 1906 retrocede hasta Cavite. Y tras la inmolación definitiva, en el 98, de la armada española, Galdós no puede levantar un signo positivo de transformación, sino un símbolo de reconciliación, de esperanza no perdida: un niño, hijo de peruano y española, razón de existencia del viejo marino protagonista. El “celtíbero” Ansúrez, que exclama al término de su viaje, como enigmático final del relato: “Lo que yo he visto y aprendido es que cuando a uno se le pierde el alma, tiene que dar la vuelta al mundo para encontrarla”. Elevemos también a símbolo a la vieja y mítica *Numancia*, junto con su epopeya, tal como entiendo que Galdós propone, y preguntémonos con él que mundo del espíritu tendría que circunavegar España para encontrar la suya.

## Notas

<sup>1</sup> "En casa de Galdós", breve entrevista firmada por José de Laserna, enviada telegráficamente desde Santander, aparecida en *El Imparcial* el 30 de julio de 1902. Dato facilitado por el Centro de Investigación "Pérez Galdós".

<sup>2</sup> "Fuentes históricas y literarias de *La vuelta al mundo de (sic) la Numancia*" (en *Anales Galdosiano*, XVIII, 1983, pp. 111-124.)

<sup>3</sup> Los relatos en forma de crónica y de diario, respectivamente, de Eduardo Iriondo —*Impresiones del viaje de circunnavegación en la fragata blindada Numancia*, Madrid, 1867—, y de José E. Pardo de Figueroa —*Algunos escritos del teniente de navío D. (I) José Emilio Pardo de Figueroa, ordenados y anotados por el Doctor Thebussem* (Madrid, 1873)—, cuya correlación con el texto galdosiano es evidente. Concretamente, la crónica de Iriondo —escrita a bordo, como atestigua lo inmediato de la publicación del manuscrito por el Ministerio de Marina, tras el regreso de la *Numancia*—, ha adoptado una forma de crónica casi novelada, que estimo que fue el modelo del relato galdosiano, si bien en cuanto a información Galdós utilizase mucho más amplias fuentes, y la vivacidad del diario de Pardo de Figueroa pudiese ser estímulo evidente. El análisis de este otro paso intermedio —de la crónica del testigo presencial a la novela— formaba parte, originariamente, de la presente comunicación. Razones de espacio han determinado que deba desarrollar con ese material un segundo trabajo.

<sup>4</sup> "El tema americano en *La vuelta al mundo de (sic) la Numancia*" (en *Galdós. Centenario de "Fortunata y Jacinta" (1887-1987)*, *Actas*, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense, Madrid, 1989, pp. 275-282).

<sup>5</sup> "Bécquer, comentario político" (en *Haciendo historia. Homenaje a Carlos Seco*. Editorial Complutense, Madrid, 1989, pp. 689-704).

<sup>6</sup> Por ejemplo, la relación del combate de Abatao, en Chiloe, firmada por Méndez Núñez, aparece en el mismo número (8-IV-66) que la *Revista* de Galdós titulada *Dinero, dinero, dinero*.

<sup>7</sup> "El periodismo en Galdós" (en *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*, Comunidad de Madrid, 1988, pp. 223-230).